

JOSE CORONEL URTECHO: OCHO CARTAS AL PATER

(Títulos y notas de Jorge Eduardo Arellano)

SU PRIMERA CARTA (1)

Por Angel Martínez, S. J.

En un papel partido por la mitad, amarillo del tiempo, cuidadosamente guardado en casa de Alfonso Coronel, en Alger, Nueva Orleans . . .

Es la primera carta de quien se ha de contar entre los grandes epistológrafos.

Las cartas le atrajeron pronto, como se ve por la presente. (¿Cuántos años tendría? ¿Seis? ¿Ocho? Ciertamente antes de los diez).

Y seguirán siendo para él las cartas una atracción que le repele, una atracción que es a la vez un encanto y espanto, un desahogo maravilloso y una fobia insuperable. Para los que tengan la dicha de recibirlas serán siempre una delicia.

Las cartas le han atraído tanto, que casi estoy por decir que en lo sustancial no ha de escribir ya sino cartas: Cartas de amor a alguien, como a él le gustará decir con Carlitos Chaplin.

Y sus cartas, sus obras de arte, serán una síntesis de la paradoja viva de su verdad, la paradoja viva y transparente, sencillísima o simplicidífsamente complicada que él mismo es, que no dejará de serlo, hasta que dé su materia vibrante, quieta ya, a la tierra y su alma plenamente serena al descanso angustiosamente buscado siempre en ese mismo darse.

Como se nos dió ya antes, como tenemos el gozo de que se nos siga dando. Y como en un gozo esencial de gloria accidental lo hemos de sentir eternamente dándonosenos.

Que así sea, pero que esto todavía tarde mucho.

L A C A R T A:

B. C. M.

Alfonso Coronel Matus

Managua casa de Teresita Matus

B. C. M.

Querido ermano

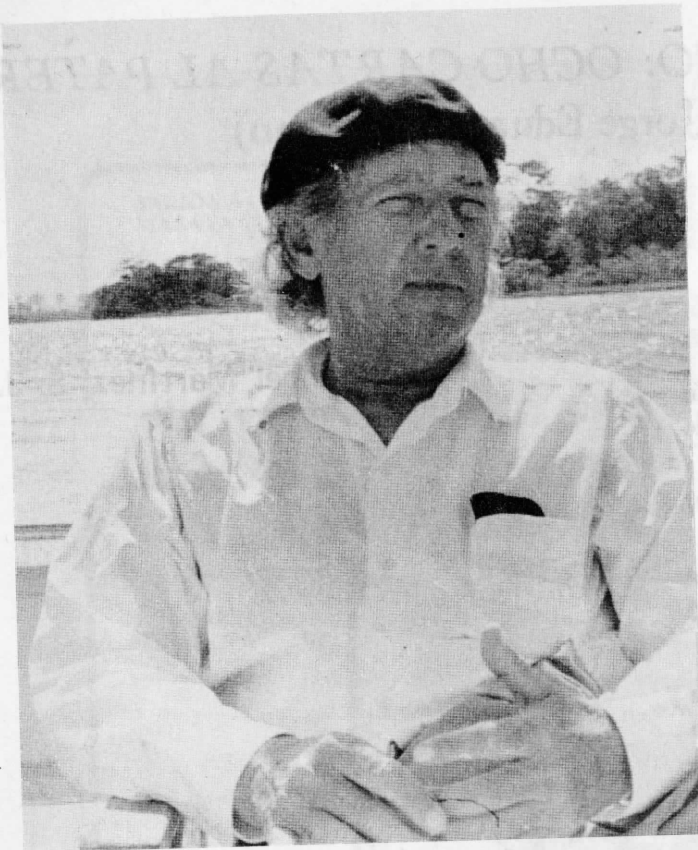
primer carta que te escribo.

te acuerdas aquella vez

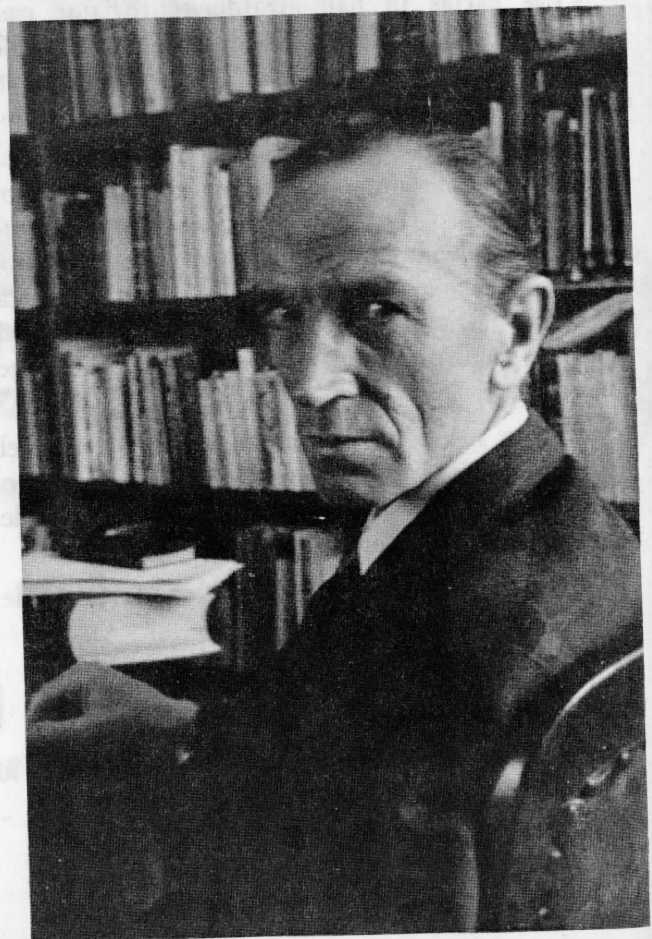
que tu nobia me dijo que

resitara y yo no quería

tu hermano José Coronel



CORONEL



ANGEL

1

“VUELVO A MI DESCANSADA VIDA”

Marzo, 3, 1941

San Francisco del Río

Querido Padre y amigo,

Lo mismo que Ud. pensaba yo escribirle largamente esta semana, pero las circunstancias lo dispusieron de otro modo y en vez de darme el gusto de llenar unas cuantas hojas de este block con los pensamientos que actualmente me son familiares, pasé los días vagando río arriba y río abajo, subiendo y bajando raudales, durmiendo en miserables planas o en los elegantes camarotes del nuevo barco “Gral. Somoza”. Hasta hoy vuelvo a mi “*descansada vida*”, pero ya el tiempo apremia y cuando hay apremio ya, para mí no hay inspiración. ¡Lástima! porque pensaba decirle mil cosas sobre Shelley, sobre Walt Whitman (cuyo retrato adorna la pared del cuartito donde estudio y escribo), del buen viejo Longfellow, con quien he hecho las paces, de los poetas del Cancionero de Baena, de mi creciente pasión por los clásicos griegos, de mis proyectos, de su bella poesía y en general de las poesías de Ud. y de la poesía en general, de la amistad (en que no creo) y de esa amistad de Ud. (en la que sí creo y la que tanto le agradezco), en fin, de todo lo que ahora ocupa mi mente.

O tal vez no sea una lástima, pues dicen que no hay peor cosa que las cartas largas. Pero de todos modos, para mí hubiera sido un desahogo, pues necesito comunicar, con alguien en quien confíe, algo de lo mucho que me anda dando vueltas por la cabeza y por el corazón, buscando salida. Pero esta vez, no tengo más que resignarme y esperar a mi próxima carta que no tardaré en escribirle.

Aquí me limitaré a dos cosas indispensables. La primera, agradecerle que tan generosamente me llame **amigo**, ofreciéndome así su aprecio y su cariño, a los que espero corresponder con toda la sinceridad de que soy capaz, que no es poca, pues hay una cosa de que yo puedo alabarme y es mi sinceridad. Tal vez ahora, en una época crítica (climatérica) de mi vida, es cuando más necesito de un poco de amistad —que nunca he tenido en realidad— esto es, un poco de comprensión y de bondad y de desinterés respecto a mi persona (pues comprendo que soy una persona difícil, plagada de defectos) y además de curiosidad por mí y mis cosas, y de interés por mí y por mi modo de ser, y de cariño, puro y simple

cariño humano como el que se tiene a los niños, cuando simpatizan. Si Ud. además de la caridad de Cristo (que de Ud. siempre he esperado) me brinda esa amistad, yo se la acepto con verdadera alegría, pues siento que produce una sensación real y sensible de felicidad.

La segunda cosa de que no puedo dejar de escribirle ahora es su poesía “¡Oh Segador!”, que tuvo la gentileza de enviarme. Me explico perfectamente que por un momento le haya parecido su mejor poesía. El secreto de eso se encuentra en este verso:

“¡Mis pobres poesías! ¡Qué recuerdos!”

Para Ud. esta poesía ha sido como un resumen de todas las demás, o mejor dicho, como un haz de todas ellas, un manojo de todas juntas, como Ud. mismo lo da a entender cuando dice: “*cada espiga es un verso, cada manojo es una estrofa bella*”, y todas las poesías juntas llenan el carro en que va Ud. cantando por la vida, a mayor gloria de Dios. Yo le aconsejaría que pusiera esta composición al final de la colección (o el libro) que está formando (y que espero será publicado pronto en la forma en que ya hablamos) - digo que la ponga como epílogo para hacer juego con el prólogo que ya hizo (2). (Dispense el enredo de la frase).

No creo que sea ésta la mejor de sus poesías, aunque es muy bella, muy diáfana, de un alto lirismo y muy **vivida** y, por lo mismo, muy sentida. Y no lo creo, por una razón: esta poesía es una poesía para poetas y sobre todo para el poeta que la hizo; quiero decir que es una poesía íntima y casi puramente alusiva, pues constantemente hace referencias a cosas que no están en la poesía misma, o mejor dicho, que no son ella misma. Comprendo que me expreso mal y no me explico con claridad, por lo de prisa que estoy escribiendo. Pero he leído poesías tuyas que se bastan a sí mismas, cuya perfección está encerrada dentro de ellas mismas, sin que su belleza dependa (siquiera en parte) de las cosas exteriores a que aluden; esas me parecen ser las mejores poesías. Tal vez sea una preferencia personal injustificada, y las mejores poesías sean las más alusivas y las más sugerentes, como querían los modernistas (en la poesía china la figura máspreciada es la alusión). Puede ser también que, como Ud. me lo indica, yo no esté en capacidad de apreciar todo lo que sugiere, por no haber visto la siega. (En una película española, muy buena por cierto, vi una vez una escena magnífica de una siega que me dejó una impresión imborrable. —Pero faltaba el sol que, como se ve en su poesía, es el alma de esta escena: (“*Bajo el oro de Dios al mediodía . . .*”). En fin, sea lo que fuere, su poesía es bellísima y me gusta mucho— en la forma en que me gustan las cosas que de verdad son buenas, esto es, más entre más las leo. La verdad es que ninguna poesía, cuando es poesía, es mejor que otra. Si acaso lo es, lo es por otras razones. Como le dije, esta poesía la siento y la comprendo porque tiene mucha luz, mucho sol, mucha **Levedad** (la palabra tal vez expresa la idea mejor que **Ligereza**) y da la sensación de un éxtasis meridiano.

¡Y qué bien suena! con una música propia de Ud., que no es sonora, sino **música callada**, íntima, pero muy sensible, hasta llegar a veces a permitirse verdaderas **armonías imitativas** (de las aceptables, pues la mayor parte son insoportables) de contenido espiritual y sonido real. Permítame señalarle como un bellísimo acierto, estos dos versos:

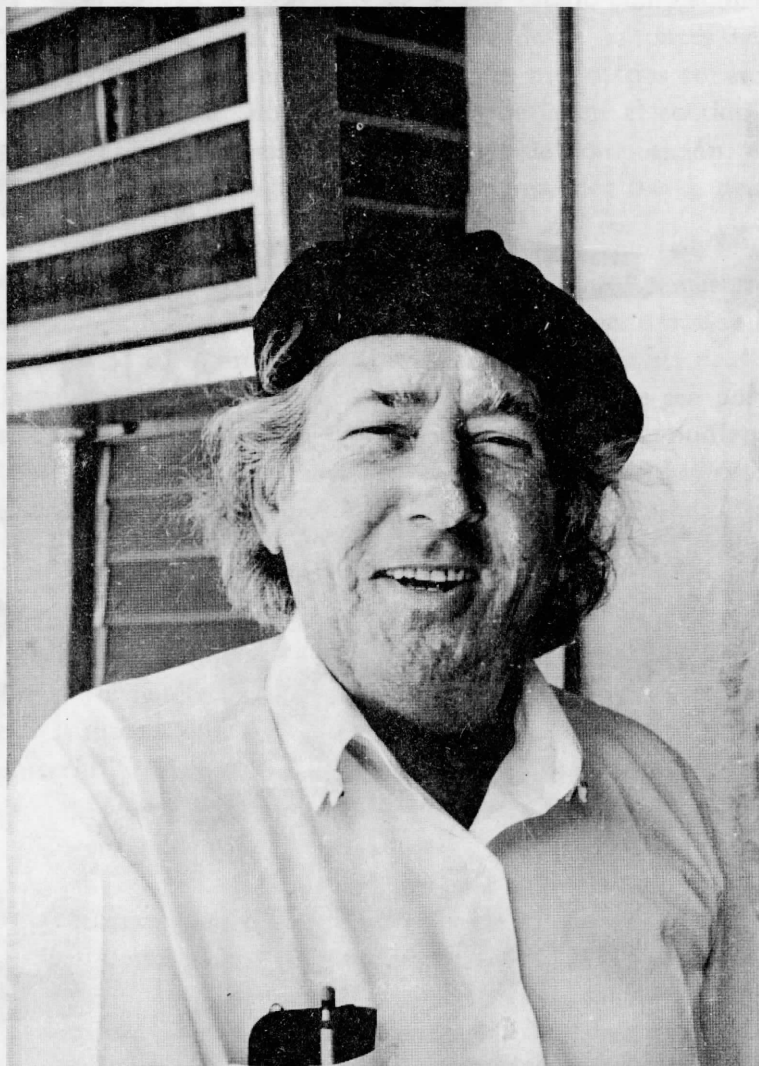
Con su temblor de granos ¡qué bien suenan!

Oh segador, oh segador, oh segador . . .

Es perfecto el sonido de espiga cuando se agita y sus granos chocan entre sí.

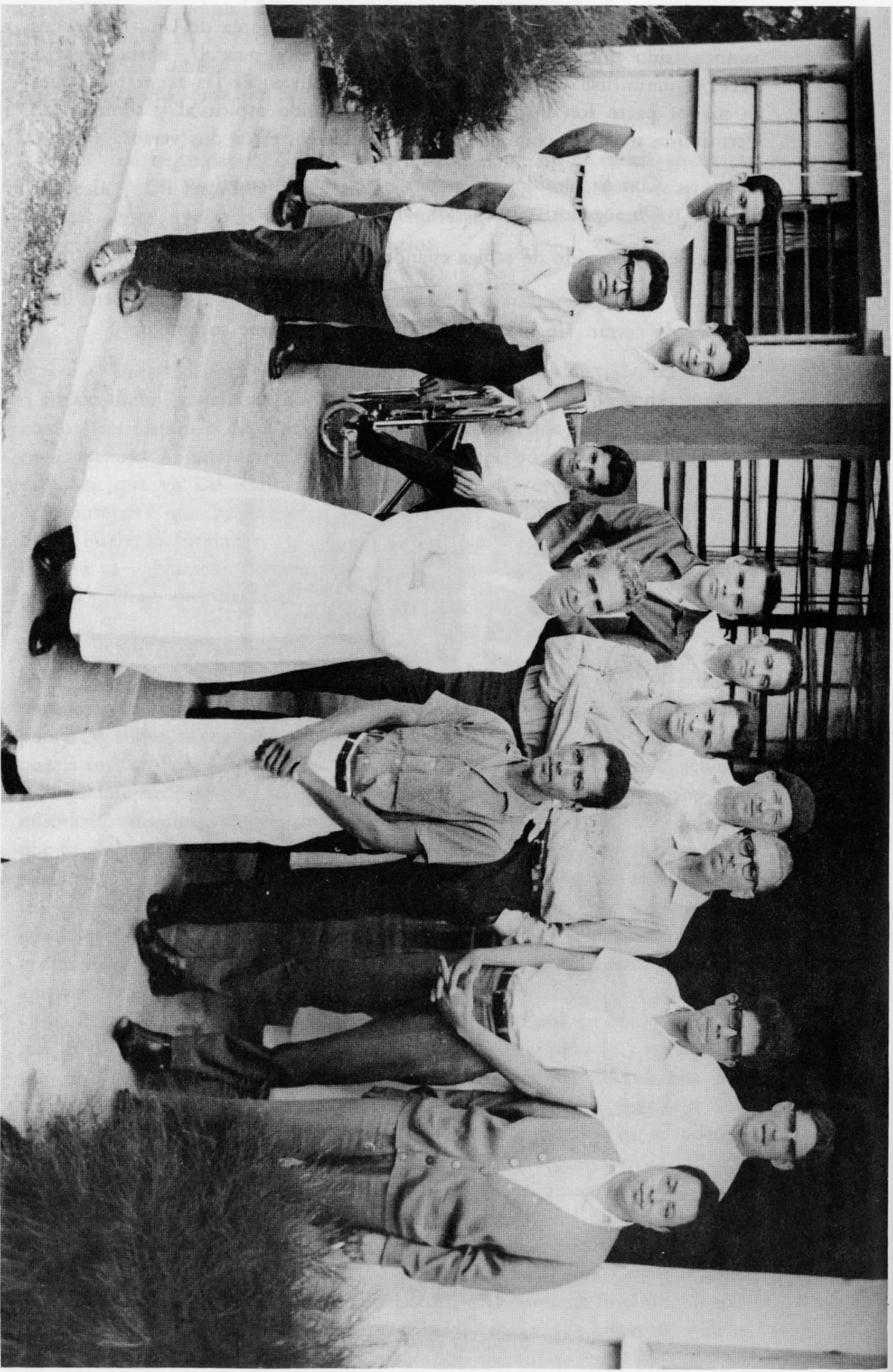
Muchas cosas más quisiera escribirle sobre su poesía, pero llegó la hora de cerrar. No me olvide ante Dios y créame su **amigo**

José Coronel Urtecho



El poeta José Coronel Urtecho

Coronel y sus amigos: Pablo Antonio Cuadra, Juan Esteban Arriola, S. J., Ciro Molina, Napoleón Chow, Juan Xavier García, Luis Vega.



Coronel y sus amigos: Pablo Antonio Cuadra, Iván Uriarte, Rolando Steiner, el Padre Ernesto Cardenal, Edwing Illescas, Jorge Eduardo Arellano, Roberto Cuadra, Juan Bautista Arríen, S. J., Ciro Molina, Napoleón Chow, Raúl Xavier García, Luis Vega.

2

“BUSCO LA MAYOR SENCILLEZ, SIMPLICIDAD Y CLARIDAD”

Marzo, 3, 1941

San Francisco del Río

Rev. Padre Angel Martínez B., S. J.
Granada

Querido Padre y amigo:

Se ve que la **enfermedad de la poesía** (de que hablaba Li-tai-po a Tu-fu) es contagiosa. Desde que vine había estado completamente sano, hasta que recibí su poesía “Oh Segador”, desde entonces vengo mal. Ahora le envío, para corresponderle de algún modo, tres sonetos que he compuesto. Como verá, no hay en ellos **poesía** en el sentido que hoy le damos a esta palabra; son meros ejercicios de composición, en que he tratado, para ensayar la pluma, de expresar una idea banal, dentro de la convencional y para mí difícil arquitectura del soneto.

No creo necesario decirle que por reacción probablemente contra los excesos de la **poesía moderna** (la misma, parece mentira, que Don Juan de Mena llamaba en su tiempo: “*¡de la poesía moderna abusiva!*”), busco ahora la mayor sencillez, simplicidad y claridad que me sea posible, para que, así como antes mi familia se quejaba de que “**no se podían entender mis versos**”, ahora los entienden hasta los gemelos. Con ellos he hecho la experiencia —como dicen lo hacía Anatole France con su criada (los chinos cuentan lo mismo del gran poeta Po-chu-í, quien no publicaba nada antes de haberlo hecho aprobar por una vieja mendiga). Pues bien, dejando atrás la fácil erudición (que hoy día es vicio de todos los que leemos revistas y periódicos de este siglo de Ripley, el de “**Créalo o no lo crea**”) y volviendo a la experiencia, le decía que les leí a los gemelos el soneto Rustica Conjux y al llegar al verso que dice: “*y haces trabajo de carpintería*”, me interrumpió Ricardo:

— ¡Eh! ¡mi máma!

Y al terminar yo de leer, me dice con el aire superior que siempre toman los críticos:

— ¡Qué bonito, papá! Y esto, ¿vos lo hiciste? ¿Sos poeta vos papá?, pero esto no es como aquellos disparates que me dijo el muchacho del Colegio Centro América que vos hicistes . . . (textual: se refiere a la Oda a Tío Coyote —y creo que el muchacho es el poeta Martínez Rivas) (3).

Pues bien, querido Padre, con estos elogios de mi chavalito me conformo —mis humildes sonetos no aspiran a otra cosa. A Ud. se los envío, porque sé que Ud. sabrá ver en ellos lo que son: simples ejercicios— y además una manera, aunque inadecuada de corresponderle el envío de su poesía, tan pura, tan elevada y tan de veras lírica —tal vez más adelante emprenda— si Dios me da tiempo, solaz e inspiración —algunos trabajos de más aliento y poesía verdadera— aunque tal vez, la verdad cotidiana expresada simple y llanamente, sea también poesía.

No me olvide en sus oraciones.

Saludes al querido “anciano”

Su afmo.

José Coronel Urtecho.



Coronel Urtecho en Boaco en mayo de 1974. En el parque Nieborowski. Fernando Silva, María Kautz, Magda Incer, Coronel, Armando Incer y Roberto Guillén.

3

“IMPOSIBLE QUE UN JESUITA FUERA POETA”

24 de Marzo 1941
San Francisco del Río

Querido Padre y amigo:

Su carta —escrita con tanto sentimiento poético, que es el único sentimiento que me agrada, pues el sentimiento sentimental es precisamente su antípodo— su carta me vino un poco retrasada, pues mi esposa no pudo recogerla en el puerto el miércoles —día de vapor, como aquí dicen tan bonitamente, como si dijeran día de aire, día de nube—. Llegó después en un bote.

Me extraña que llegue a temer que yo pueda tomar por locuras ciertas maneras de ver las cosas que me son más familiares que las otras o mejor dicho que las de los otros. Losotros debía de ser una palabra como nosotros y vosotros, pues ellos nos señala a los que son muy distintos y hasta contrarios a nosotros. Como Ud. dice, esas realidades son más reales que las convencionalidades de losotros.

No sólo no me extraño yo de ellas, sino que le agradezco que me escriba en esa forma pues así Ud. es Ud. mismo y la realidad de que me habla su verdadera realidad —de otro modo Ud. sería el Señor A. escribiendo al Sr. B. sobre el asunto X, lo cual se podría encontrar en una enciclopedia de la correspondencia convencional, como los cables de clave.

Yo estimo muchísimo en su carta la huella del poeta y del amigo que va quedando impresa en cada línea, pero hay otra huella que me llama mucho la atención no porque me sea más cara que las otras, sino tal vez porque me es nueva y es la huella del sacerdote, el hombre de Iglesia, nutrido de Evangelio y de Santos Padres. Ud. sabe mi pasión por la poesía litúrgica, por el Evangelio y por los Santos Padres (a los que tan poco conozco, pues en la única oportunidad que tuve de estudiarlos, me espantaron por lo voluminosos. La historia es ésta: la primera vez que llegué a la biblioteca municipal de San Francisco de California, que fue la Universidad en que yo me eduqué, lo primero que pedí fue los Santos Padres, pero cuando me di cuenta que eran tantos tomos, me descorazoné. Me pasó lo mismo que con mi aprendizaje de la lengua china cuando vi un diccionario elemental del tamaño de un cofre. Después mis encuentros con los Santos Padres han sido en citas que siempre me producen una impresión profunda. No pierdo esa nostalgia. Algún día espero estudiarlos un poco). Pues bien, cada cita que Ud. me hace (¡tan

oportunamente!) de esas cosas, me produce tan gran goce. ¡Cómo aprecio el *tranquillitasordinis* con su versión justísima y su idea de que la paz es la seguridad en el orden! Y el *exit qui seminat seminare semen suum* ¡qué divino! ¡Si también se ve al sembrador volviéndose de un lado a otro y aventando la semilla . . . ! Como nunca me había escrito con ningún sacerdote, me resulta nueva esta gratísima impresión, sobre todo porque, en el caso, el sacerdote es también poeta y amigo. Ya ve pues que si los separé por un momento, vuelvo a juntarlos en uno solo, pues en realidad en Ud. poeta y amigo y sacerdote son inseparables.

Esa impresión que le produjo su cuarto a su regreso —como Ud. lo sabe— es materia poética y creo que tarde o temprano se le hará a Ud. poesía, como dice Ud. de su encantadora poesía “*Al pie del Crucifijo*”, que me copia. Yo le encontré un sabor clásico español y místico al mismo tiempo delicioso e inconfundible. Y digo clásico español para aludir a esa poesía reflexiva, sentenciosa, cargada de pensamiento y de sentimiento filosófico (si esto explica lo que quiero decir) que abunda en nuestro siglo de oro, en Jorge Manrique, en Fray Luis, en Lope, en Calderón etc. y mezclada con un destello místico que es diferente y que rara vez —en nuestra literatura— anda mezclado con lo otro—, como admirablemente lo está en su poemita, donde hay un momento en la penúltima estrofa en que el aliento místico aparece casi puro, si bien veo allí mismo un verso en que las dos calidades poéticas se unen misteriosamente (y tal vez subcientemente) y donde dice que el beso de Dios se imprime en la frente de su alma, es decir, en la parte pensante de su alma. Y así, en mi parecer, quedan perfectamente maridadas la musa reflexiva, filosófica que dice:

*Y me cura su verdad
De la mentira exterior
Y la interior vanidad,*

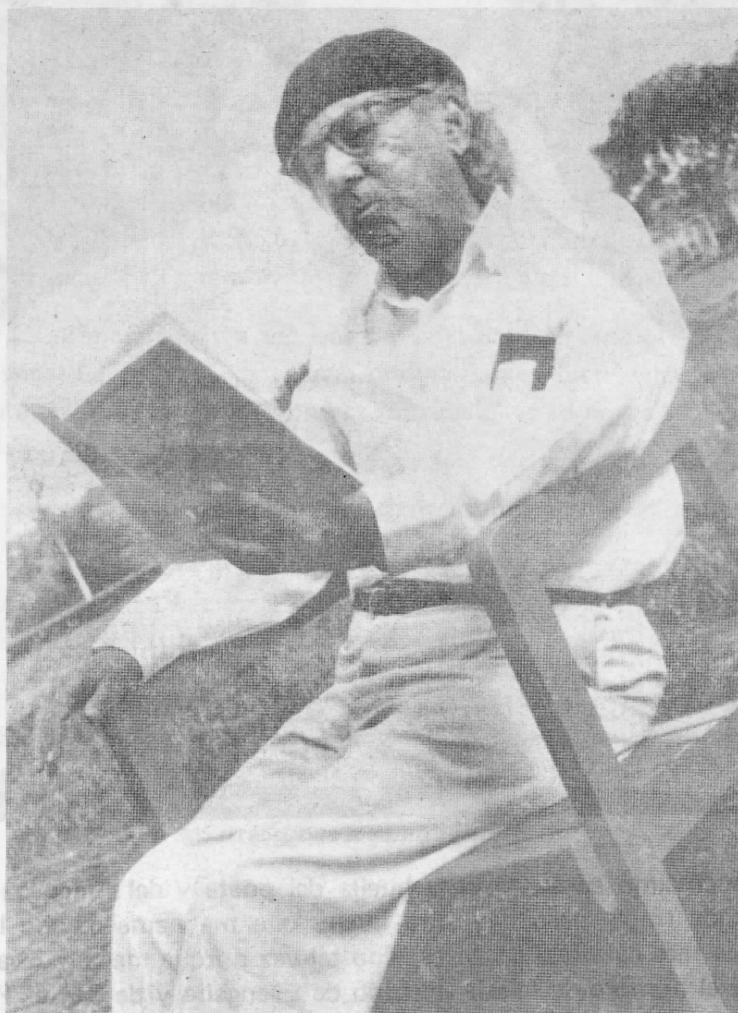
y la musa mística angélica (Sanjuandelacrucense) que está en la médula del poema.

Lo curioso es que yo no lo conocía. Pero la verdad es que ahora me doy cuenta de que conozco muy poco, casi nada de lo suyo y que a medida que lo voy conociendo más, más lo voy admirando y apreciando como poeta (y al mismo tiempo como amigo y como sacerdote). Cuando llegue a Granada (que será en la próxima semana probablemente) voy a dedicarme a estudiar su poesía con más método. Y a propósito voy a hacerle una confesión: antes de conocerlo y tratarlo personalmente a Ud. yo tenía un fuerte prejuicio porque pensaba que debía Ud. ser, uno de tantos poetas de nuestra amada Compañía de Jesús (que, si, es muy de Jesús, pero no Compañía de poetas, gracias a Dios, pues creo que San Ignacio, como Platón para su República, no deseaba muchos) y a pesar de que el querido Pardinas me decía que Ud. era verdadero poeta y que yo debía de leerlo, yo me encerraba en decir que era imposible que un jesuita fuera poeta, a pesar de que conocía bien a Gerard Hopkins. Y así pasaron varios años. Creo que la curiosidad y la fe comenzaron en mí hasta que leí “*suenan en mi corazón de hombre un sonido seco y*

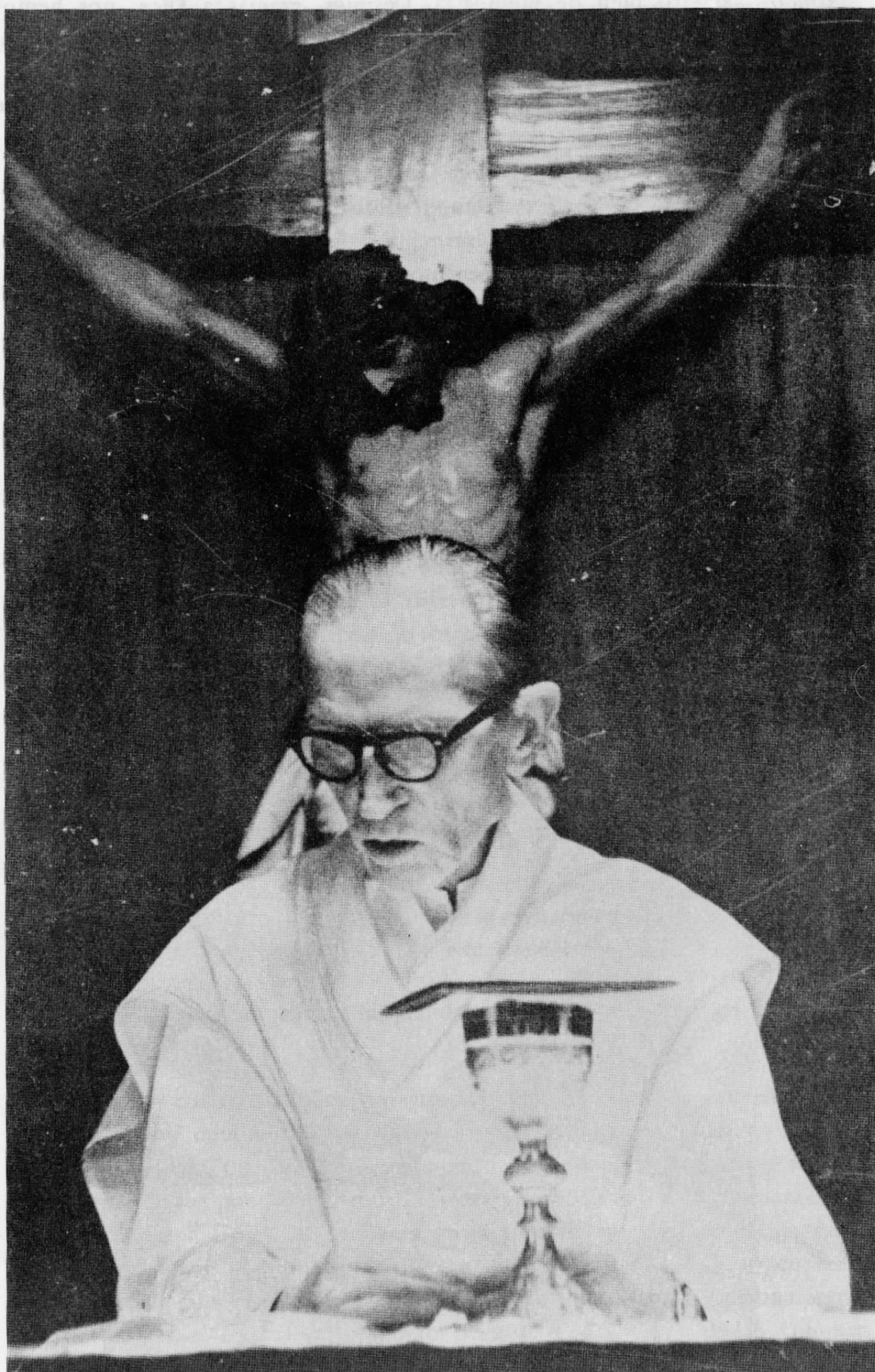
bronco" (si cito bien de memoria). Después, gracias a Dios, nos hemos conocido mejor y espero haber ganado yo también en su estimación, por lo menos como hombre sincero. Tenía mucho más que decirle, pero . . . Ya se va mi esposa para el puerto. Nos veremos pronto. Perdónese este revoltijo de cosas, pero escribo al vuelo.

Afmo.

l
e
n
o
r
C
o
r
o
n
e
l
J
o
s
é
C
o
r
o
n
e
l



El poeta José Coronel Urtecho



Yo estimo muchísimo en su carta la huella del poeta y del amigo que va quedando impresa en cada línea, pero hay otra huella que me llama mucho la atención no porque me sea más cara que las otras, sino tal vez porque me es nueva y es la huella del sacerdote, el hombre de Iglesia, nutrido de Evangelio y de Santos Padres.

(Tercera Carta de Coronel a Angel).

4

“EL HONDO HUECO DEL OLVIDO”

27 de agosto 1941

San Francisco

Querido padre y amigo:

Un saludo para Ud., después de dos semanas de silencio. Aún no he cogido los estribos, como se dice. Aún estoy esclavizado a lo de afuera, a la incomodidad de los primeros días, a una serie de contratiempos, etc. No soy pues todavía dueño de mí mismo —ni he comenzado a trabajar en serio. (Ahorita realmente no sé qué hacer. Pero confío en Dios que ya vendrá la inspiración).

¿Recuerda que hace dos meses hervía mi cabeza de proyectos, de ideas? Pues ahora como si un viento me las hubiera dispersado todas, no veo más que el hondo hueco del olvido y me siento vacío. **Tamquam tabula rasa** —como nos decía el Padre Portas—. (4)

Me he hecho una celda debajo del tambo de la casa. Le he puesto por nombre **El Refugio**, pues me sirve para escapar del bullicio de mis cinco hijos. Veremos si ahí puedo hacer algo.

La primera semana fue hosca y lluviosa. Con esa pobre inspiración hice un soneto. No creo que esté tan mal pues dice —más o menos— lo que yo quería decir. Por eso en vez de tirarlo, se lo envío.

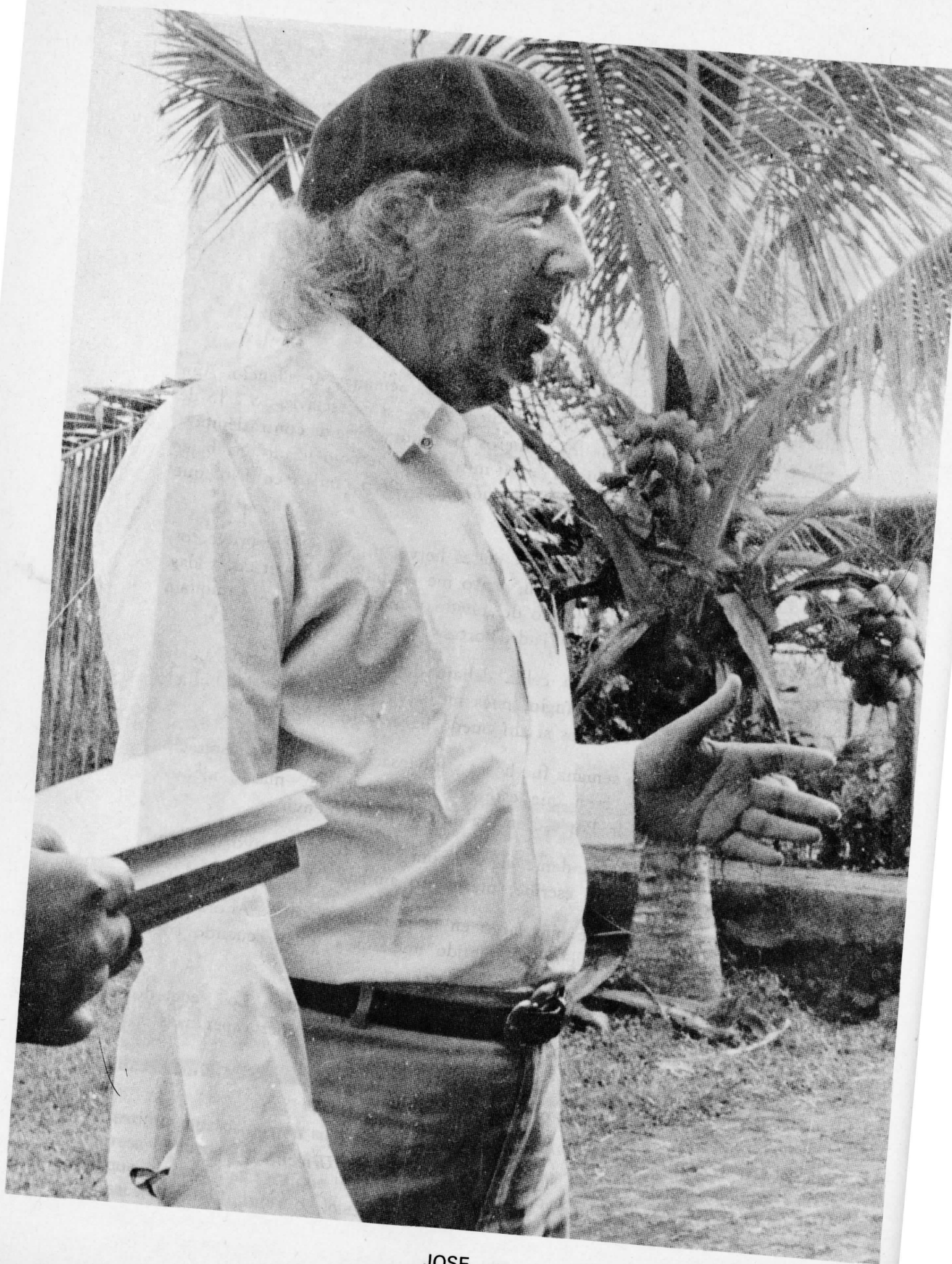
Escríbame. Mándeme algo. Ahora leeré todo lo suyo que aquí tengo. Cuando Ud. me escribe, me siento animado y me vienen ideas.

Ya le escribiré más largo en la próxima ocasión. Ahora cierro con todo cariño. Salúdeme al querido anciano a quien, cuando sople el espíritu, le escribiré.

Salúdeme también a nuestros queridos poetas. Los recuerdo mucho. Espero mucho de ellos. ¡Es tan consolador tener esperanzas en alguien cuando comienzan a perderse las propias!

No olvide en sus oraciones a su amigo

José Coronel Urtecho



JOSE

5

**“LA POESIA FESTIVA TIENE UNA HERMOSA TRADICION EN LA
LENGUA DE QUEVEDO”**

San Francisco
30 de agosto – 1941

Mi querido amigo:

Le escribí —un breve saludo— el martes pasado, pero con mala suerte, por un contratiempo que impidió que mi carta fuera en el vapor. Creo que le llegará con ésta que mandaré mañana al puerto para que tome la **Rafaela Herrera**.

Ya he comenzado a trabajar, aunque no con demasiado empeño y sin emprender todavía ninguna obra de algún aliento, pues la inspiración no sopla todavía. Así he compuesto para entretener a mis hijos y entretenerme yo al mismo tiempo, “**dos sonetos elegíacos por la muerte de la paloma patacona**” que le envío adjuntos. A mis hijos les han gustado y ya casi los saben de memoria y con esto me doy con bien pagado, pues no pueden aspirar a más esos pequeños trabajos, hechos a espaldas de la inspiración. Como lo verá, quieren ser poesía festiva y si alguna poesía hay en ellos, le ruego que me lo diga, pues yo tengo mis dudas. No es que piense que todo ha de ser hondura y misterio en la poesía, como quieren los cultivadores de las tendencias más recientes, porque la poesía festiva tiene una hermosa tradición en la lengua de Quevedo, sino que siendo míos estos sonetos, aunque naturalmente a mí me gusten algo, el argumento es engañoso. Para escribir sigo mi juicio, pero para juzgar lo mío prefiero el juicio de mis amigos competentes. Esto se lo sigo respecto a todo lo que le mando. Le ruego que me crea muy sincero a este respecto y no tenga ningún empacho en criticarme con entera franqueza, como si mis cartas fueran de Ud. mismo. Esto no importa tanto más, cuanto que aquí no tengo a nadie a quien consultarle —fuera de mi mujer y mis hijos, cuyo juicio, valioso bajo otro aspecto, es **aliterario**— y Ud. es la única persona a quien le envío ahora mis cosas antes de publicarlas, o mejor, antes de guardarlas, pues no me siento inclinado a publicar nada por de pronto.

El deseo de trabajar me ha vuelto con mis libros que me llegaron, el miércoles, después de haberse atrasado dos semanas en la bodega de Granada, cosa que me tenía muy inconforme y muy nervioso. Ahora, pues, leo y escribo a mi gusto y paso el día muy feliz, gracias a Dios.

Fuera de mis viejos proyectos de novelas y noveletas que duermen hasta que vuelva a despertar la inspiración, tengo ahora el proyecto de hacer una antología de poetas norteamericanos, para lo cual cuento con su ayuda, que ya me ha prestado en las traducciones que hicimos en vez pasada. Vacilo entre hacer yo todas las traducciones por mi cuenta, lo que sería un trabajo ímprobo y largo, expuesto a fracasar por mi incompetencia o por mi impaciencia, o bien hacer yo algunas versiones solamente y tomar las buenas que existan, muchas de las cuales conozco o podría encontrar solicitando informes. Como ve, esto tiene muchas dificultades por las circunstancias, pues en otra parte sería fácil. Dígame qué piensa Ud. que debo hacer. Tal vez lo mejor sería traducir lo más que pueda mientras estoy aquí y publicar después un pequeño libro con esas traducciones, sin propósitos de antología completa. Sólo algo de lo más representativo. Mi idea de hacer la antología se debe a que estoy cierto de que en este momento sería de mucho interés en la América Latina, donde se ha despertado mucha curiosidad y simpatía por todo lo yanki —con lo cual podría ganar algún dinero, cosa que necesito para comprar libros. En fin, ya veremos lo que resulta.

Como le dije, ya he comenzado a trabajar como si fuera a hacer la Antología. Para empezar por el principio, ya traduje una poesía de William Cullen Bryant que es, en tiempo, el primer poeta yanki de fama. Tengo otra de él en “sancocho”, como decimos aquí. La que concluí se llama “To a Waterfowl” “A una ave acuática” y se la envió para que me haga las observaciones pertinentes. (Los gemelos la aprobaron).

Hágame el favor de contarle al querido anciano que ya estoy trabajando y demostrarle lo que yo le envió. (Estas cartas, en cierto modo, son también para él). No le escribo más por no cansarlo, aunque tengo mil cosas que decirle y le diré en la próxima. Salúdeme a los poetas y Ud. reciba el sincero afecto de su amigo,

José Coronel Urtecho

6

“TODO LO QUE UNO PUEDE PEDIRLE A UNA OBRA MAESTRA”

Octubre 26 – 1941

San Francisco

Rev. Padre Angel Martínez S. J.

GRANADA

Querido Padre y amigo:

Comienzo suplicándole que me dispense el escribirle en este papel y en lápiz, porque en este papel sólo en lápiz puede escribirse y no tengo otro papel, ya que la semana pasada, en que no le escribí por la misma razón, encargué a la María papel de cartas de San Carlos, pero ella que no tiene que ver con papeles, lo olvidó, dejándome ante la disyuntiva de no escribirle otra vez o hacerlo en esta forma, y como prefiero lo último a lo primero, y creo que Ud. también, me atengo pues a mi deseo y a su benevolencia. (Quedo pues perdonado del papel, del lápiz y la frase tan larga y enredada en que le pido perdón).

Lo primero que deseo hablarle es de sus poesías, las cuales me han gustado mucho todas, especialmente la del baño. La impresión de ésta no hay duda que está maravillosamente transmitida, de tal manera que a la María le encantó a tal extremo, que la leyó en voz alta ante su cuñado Lugo y yo —y lo hizo tan bien y dando el sentido de un modo tan justo, que a mí me gustó más que en la primera lectura privada mía y la entendí mejor en adelante, y al doctor Lugo, que no tiene ningún amor a la poesía, le mereció alabanzas calurosas. Todos convinimos en que el alba en el río estaba admirablemente descrita. Examinándola después, he visto que vale mucho más que una buena descripción, deja una idea clarísima y una impresión profunda y hondamente poética del amanecer en el agua, y lo que es más aún, tan ricamente subjetiva que parece después de leída que fuera muy objetiva. No sé si expreso bien lo que quiero decir, pero Ud. que escribió la poesía me entenderá. La cosa es que todo pasa dentro del sujeto que se baña, con una unidad tan profunda que refleja dentro de sí todo lo externo. Este es a mi ver el ideal de toda poesía subjetiva que aspire a la perfección. Yo creo que esa perfección Ud. la alcanza en este admirable poemita, que tiene todo lo que uno puede pedirle a una pequeña obra maestra, sentimiento íntimo profundo, gran sentimiento de la naturaleza, elevación filosófica y poética, es decir, magia verbal e imaginativa (que es lo que hoy se exige más en poesía) —todo eso envuelto en una forma diáfana, en un acierto de **claridad** (virtud poética tan olvidada hoy día) que la hace accesible a todo el mundo, como debía ser la poesía

para parecerse más a la gracia de Dios. Sin entrar en análisis de detalle (pues toda ella es un tejido de aciertos) le diré que no creo haber leído nada suyo (ni para el caso de los modernos en muchos días) que me haya gustado tanto. El poeta Martínez me parece que tiene razón en lo que le ha dicho. (Entre paréntesis le diré que debería cambiarle el título, que es innecesariamente sugerente y parecería indicar una dependencia que no existe. “*Me he bañado en el río*” es su título natural).

Respecto a sus otras poesías, como le dije, le repito que me parecen todas excelentes, y lo que me hace gozar de lo lindo es que parecen anunciar una nueva primavera lírica suya —“*a este lado del mar*”— de la que no sé por qué me atrevo a esperar más rica y jugosa cosecha que la del otro lado del mar. Yo la sentí dar la primer señal con “*las campanillas de oro*” y ahora me parece que viene el cortejo.

Creo que Ud. necesita salir, airearse, olvidar de vez en cuando las monótonas —aunque santas— labores del pedagogo. Ya sabe que para eso tiene esta su hacienda u otros lugares que podemos buscar.

Pero así como a Ud. esa “*cana al aire*” le ha inspirado tanta cosa bella, a mí su partida me dejó muy deprimido. Como decimos nosotros, “*ya no me hallaba*” sin Ud. Lo que he hecho es entregarme en alma y cuerpo a mis traducciones, que ya van completando la cifra que me he señalado. Trabajo todo el día todos los días —pero quedo tan cansado y con la cabeza tan alborotada que después no me puedo dormir. Creo que, si trabajara así unos cuatro meses más, me volvería loco, o mejor dicho, más loco de lo que soy —pero como Ud. sabe, soy loco manso lo más del tiempo.

No le envío nada, porque con lo mucho que trabajo no tengo tiempo de copiar, ni de revisar. La revisión la dejaré para hacerla con Ud. ahora que llegue a Granada, que será, si Dios quiere, a mediados o fines de noviembre. (En cuanto acabe la Antología) (5).

Al mismo cansancio de que le hablo se debe el que no sea capaz de escribir sino disparates y torpemente. Ya ésta, a pesar del gusto con que la escribo, me cuesta un esfuerzo.

El pavo llegará conmigo, pues tanto el Padre como Pilarte ya se fueron. Dígame así al P. Ponsol (6) a quien le ruego saludarme, lo mismo que al anciano (7).

Todos aquí le recuerdan mucho y le envían recuerdos cariñosos.

Su afmo.

é
s
o
J
l
e
n
o
r
o
C

7

“ESTA NOCHE OSCURA LITERARIA DEL ALMA”

30 de Nov. 1941

San Francisco del Río

Mi querido amigo:

Su última carta la he leído cuatro veces, la cuarta antes de ponerme a escribirle la presente. A cada lectura me he sentido movido por sentimientos tan variados que no logro reducirlos a ninguna unidad, ni sé poner en ellos ningún orden que me permita contestarle de manera coherente. Toda la espontaneidad que hay en su carta, la tristeza de su fondo y la poesía tan tierna que sin embargo dimana de ella, como una irradiación de esperanza, me hace sentir que es mi misma carta y mi misma lucha a través de otro temperamento y de otras circunstancias muy diferentes, y en realidad, muy superiores a mi temperamento y mis circunstancias. De modo que tratando de ser frío y razonable, concluyo que es, no sólo en cierto sentido inútil, sino peligroso para el fin que persigo, insistir y tratar de ahondar en el asunto. Yo esto lo sentía aun antes de escribirle mi carta y hasta creo que en ella se lo decía. Su penetrantísimo verso puede servir de estrella polar en esta “noche oscura literaria del alma”.

“Hoy no mires demasiado adentro”.

No hay duda de que de muchos pasajes de su carta (que tanto agradezco) se desprende un gran consuelo, más para sentirlo que para pensarlo, más como ejemplo que como consejo, como en los grandes momentos de terror nos calma la calma de un amigo que nos acompaña en la tormenta con una sonrisa dulce y valiente, que aunque sea triste, está llena de belleza —es decir de esperanza, (pues los artistas sentimos la esperanza en la belleza, en el mundo como en el alma).

Lo curioso es que cuando yo me deprimó y me asqueo de mi pasado, Ud. me consuela afirmándome que hay algo en mí que vale algo, y esto me sabe a benevolencia, pero a una benevolencia que en realidad me conmueve; y por el otro lado, cuando Ud. me escribe con desdén de su obra, yo inmediatamente siento su valor de ella y estoy tentado a extenderme largamente para demostrársela como una cosa real, objetiva, ya juzgada, que nada tiene que ver con sus posibilidades futuras de Ud. mismo, de las que espero más por lo mismo que ya tengo algo que aprecio mucho, como espero mucho de una mina de oro precisamente porque ya he sacado oro de su entraña. Ya ve pues qué especie de círculo

vicioso crítico se forma entre poetas amigos, pues aunque yo a ratos no sea poeta para mí, lo soy para Ud. y aunque Ud. a ratos sea sólo poeta pasivo para Ud., para mí es sin duda el más activo y real que conozco. ¡Qué situación tan difícil! Para un tercero tal vez sería absurda. Pero, gracias a Dios, no nos importan los otros. Yo siento aquí, hasta ahora, una de las bendiciones de la amistad, virtud en cuya existencia Ud. me está enseñando a creer, o mejor dicho, a conocer. Y aprendo también otra cosa: que no podemos nunca ser verdaderos jueces de la obra propia porque nunca podemos verla como cosa objetiva y acabada, sino que siempre la juzgamos subjetivamente y en proceso, comparándola con nuestra intención anterior y nuestro ideal futuro. Y aun de los amigos desconfiamos porque entran y participan de nuestra intimidad y están contagiados de nuestro amor y de nuestro deseo. De ahí que prácticamente comprenda la tragedia de todo artista sincero, que sabe que sólo la posteridad podrá juzgarlo y eso probablemente con otro criterio artístico que el suyo.

Pero todo lo dicho, aunque psicológicamente me aprovecha (como me ha aprovechado su carta que me ha dejado cierta calma y cierta serenidad que antes de recibirla me faltaba), prácticamente y por el momento, no me sirve, pues como claramente le dije, mi problema actual es ver que el tiempo pasa y no hago nada. ¿Qué importa que yo sea así o así? La cuestión es que escriba esto o aquello. Y de la esterilidad presente no mejoro.

Le hablaré un poco más de esto, porque Ud. en su carta me hace algunas indicaciones prácticas.

Comenzaré por la historia que me aconseja Ud. continuar. Permítame que le diga que en esto más que el poeta habla en Ud. el jesuita, cuya poderosa voluntad admiro, pero no comparto. Este es asunto muy complicado. Es claro que, prácticamente hablando, el camino es claro y con un poco de esfuerzo se vencerán las dificultades. Pero yo habré salvado mi voluntad y tal vez una cierta reputación y habré hecho un cierto bien a los demás, pero no habré salvado mi alma, pues no la habré **expresado**, ya que tal como la he concebido mi historia no es una historia de poeta como Ud. dice, sino una historia de historiador. Y aquí está precisamente la dificultad práctica, pues a medida que pasa el tiempo, cambio de ver la cosa. Hoy no pienso como pensaba cuando la concebí. Ya hablaremos sobre esto. Lo que sé yo de historia patria es realmente muy poco (y aún eso en este momento es casi nada, pues todos los libros que había reunido los he devuelto a sus dueños —Pablo me quitó los suyos— o los he dejado en casa) y lo que sé puede prestarse a muchas interpretaciones políticas y de propaganda que es lo que ahora aborrezco y que en realidad estaba haciendo. No he renunciado del todo a darle forma y completar lo poco que sé, pero ahora lo concibo en otra forma muy distinta: en realidad ahora lo haría como un puro esquema de ciertos hechos para facilitar su inteligencia y sucesión. Esto será —si es que será— más tarde, pues como le digo, no tengo aquí nada, ¡ni libros! Pero eso no puede ser una obra mía (lo que sería una falsificación) sino una obra, una obrita en que yo me doy, como Ud. se da a los textos que escribe creándolos de la substancia artística de su

propia vida (única forma verdadera de creación artística que deja alguna satisfacción sensible).

Es claro que el pequeño material histórico de que dispongo me podría servir de materia prima para mi obra literaria y seguramente me servirá —pero cuando pase esta parálisis. Eso mismo esperan mis novelas y noveletas proyectadas, contempladas, buscadas, rebuscadas y sufridas día a día sin que puedan realizarse, y dejándome cada tarde la horrible sensación de la incompetencia. Ud. me dice que no espere a ver mi obra toda para ponerme a escribirla. No me expliqué bien. Yo no pretendo verla en mi mente como si ya estuviera escrita —lo que pretendo es que de algún modo sienta que vive en mí— como otras veces lo he sentido —con suficiente vida para inspirarme en realidad—. Yo entiendo o siento en mí que con el arte no hay trampa posible, pues aunque haya trampa, esa trampa es ya el arte. Se puede cazar un pájaro al vuelo y se puede cazarlo con artimaña, pero ha de haber pájaro. De nada me sirve la trampa si no hay pájaro. Y el pájaro ha de estar vivo en el cielo de mi alma, y he de verlo pasar por él, aunque en la rapidez de su vuelo no lo vea con toda claridad; y de algún modo he de sentir en mí el tamaño de mi salto como lo siente el gato, o de algún modo he de poner la trampa en donde baja el pájaro. Y esto es lo que no sucede ahora. Sólo veo sombras, de altísimos pájaros, en el suelo. Y no hay moda ni trampa para cazar sombras. Veo que estoy volviendo al mismo tema de mi otra carta, repitiendo en alegoría lo que ya dije en hechos escuetos. No insistiré. Por ahora no hay más que pedirle ayuda a Dios y esperar y rondar el desierto. Escribir por escribir no me sirve, pues ya lo he hecho con desastrosos resultados.

No podré cerrar esta carta, que ya va siendo tan larga como la otra, sin referirme a dos cosas más.

La primera es el problema de la humildad. Lo que Ud. dice sobre eso me ha servido mucho. Todo ese diagnóstico que hace Ud. de mi caso coincide con mi propio diagnóstico, y los remedios que me aconseja, presentándome los con tanto encanto y dulzura, ya los había sentido, pero mi propio estado de ánimo me ha impedido administrármelos, pues la excitación nerviosa en que caigo tan luego intento trabajar me impide salir de mi purgatorio —por no decir infierno— interior. “No mire a lo que hará: mire a lo que hoy la belleza —Dios— le dicta y cópielo”, etc. Cuán claro veo eso que Ud. me dice, pero qué difícil me es hoy por hoy. Qué imposible me es separar la belleza que entreveo —no veo— de mi intento agitado —no sereno— de copiarlas. Sólo que intentara como tantos modernos sacar alguna belleza u obra de la confusión misma.

Pero lo que Ud. me dice tendré que hacerlo, si es que quiero hacer algo. Antes de recibir su carta, estuve leyendo cosas maravillosas sobre la humildad en el Padre Rodríguez. Es más, inspirado por esos pasajes he querido escribir una noveleta sobre mi propio caso actual, buscando la solución precisamente en la humildad y en esos pasajes y en otro de Hello. Vi algo, vi sombras, vi fragmentos, pero no pudo formarse en mí la noveleta, no pude sentirme en estado de crearla y darle forma.

Lástima, pues eso me habría curado, ya que, como le he dicho en otra ocasión, nada me alivia mejor de un mal que hacerlo obra de arte (aunque sea de arte menor). Pero en fin, no desisto, no disistiré nunca, moriré sin disistir, tomando siempre en cuenta sus espirituales consejos que son para mí un tesoro, pues expresan dulce y claramente lo que yo siento agria y confusamente. (Ya ve que esta resolución de no disistir mientras viva, no estaba en mi carta anterior, ni por lo tanto en mi estado de animo anterior, y se debe a su carta y especialmente a ciertos pasajes de ella, que no puedo aquí señalarle). Con esto concluyo de hablarle de mí.

Lo segundo, que dejo por último precisamente porque es lo que más me interesa, es hablarle de las poesías que me envió. Ya me da pena que vaya a pensar que si no tengo más que elogios, es ésta una actitud. Ud. sabe que soy sincero. Me han encantado estas poesías en extremo. No le diré más. Todas las tres me han gustado muchísimo y cada una tal como es. ¡Qué profundas, qué íntimas son! ¡Cuánto dicen de su alma y del alma —pues las almas se tocan en el fondo común de las almas, como las olas en el fondo del mar!

*Está mi alma triste en un desierto
De sí mismo desierto, en un vacío
Vacío . . .*

*No halla dónde derramarse
Su plenitud de día y huerto lleno.*

¡Qué bello es esto! Pocas cosas conozco tan **modernas** como estas poesías de sus últimos tiempos y sin embargo hay algo en ellas que no se encuentra sino muy rara vez en la poesía moderna: este iluminar con una diáfana claridad de conciencia el más oscuro fondo de la subconciencia. En la poesía surrealista lo subconsciente se presenta en bruto, como una negra corriente; en Ud. el fondo del mar se ilumina.

“¡Qué hermoso ese árbol que hacia abajo crece!” En fin, (y esa ¡Encendida Aurora!) ya escribiré, ya seleccionaré sus poesías como le he dicho y entonces seré lo más claro y más concreto que me sea posible. Pero pídale a Dios que me cure de mi parálisis actual, pues ahora lo único que me permite es escribirle a Ud. estas mal escritas, pero sinceras cartas.

Su afmo. amigo

José Coronel Urtecho

Tres P. S.:

- 1o. No iré, aunque lo deseo.
- 2o. El pavo lo llevará Sandino Bone que está aquí . . .
- 3o. Saludes cariñosos al Anciano, en quien pienso siempre al escribirle a Ud. y a quien le ruego hable siempre de mí. Vale.

8

“PLANES Y PLANES Y PLANES”

Enero, 1942
San Francisco

Carísimo,

Me da pena —y goce— el que Ud. me haya escrito primero. Desde que vine, cada semana pensaba escribirle y esperaba al mismo tiempo carta suya. Hasta que al fin vino, antes de lo que esperaba de mí, lo que esperaba de Ud. Lo que demuestra que es Ud. más fiel conmigo que yo conmigo mismo. Porque mi fidelidad con Ud. estaba en mi deseo de escribirle y lo que en no escribirle había era realizarme tan pronto en el acto como en el deseo, qué malos resultados me ha ido dando en la vida, dejándome siempre muy atrás de mí mismo.

Así me va encontrando el tiempo —el de la vida que son treintiséis años casi y el de ahorita que son ya varias semanas de haber vuelto a mi soledad— con las manos vacías. Y todos los días le digo a Dios: *“Señor, qué horror un día volver a Tí con las manos vacías. No sé siquiera mis propias cuentas, pues no sé cuántos talentos me diste, ni siquiera si me diste algún talento: lo único que sé es que cuando vengas no tendré ni una dracma. Peor estaré que el siervo malo y perezoso que enterró su talento, pues he olvidado hasta el lugar en que lo enterré, y no sólo el lugar en que lo enterré, sino si lo enterré, y no sólo si lo enterré, sino si me lo diste. Pero debes habérmelo dado, pues ándolo buscando y siento que te lo debo, y debo haberlo perdido pues no lo encuentro y enterrado no está porque ya he removido con las manos toda la tierra por donde he andado. Seguramente lo he disipado en vanidades y francachelas. Aún es tiempo, Señor, dame una dracma para trabajar y recuperar lo que me diste”*.

Bueno. Ya se me fue la mano y ando en peligro de entregarme a una de esas filípicas contra mí mismo que soy uno de los holgazanes. Pero esta vez mi deseo es hablarle de otras cosas y no de mí.

Sin embargo unas pocas e insignificantes noticias mías, tal vez le agraden y voy a dárselas. De holgazán completo no he estado, pues estudio bastante y traduzco algo y hago planes y planes y planes. En poesía debían existir además de los astros, los planetas, pero no los que giran alrededor de los astros, sino los que giran alrededor de sí mismos haciendo planes. Poetas y planetas. Creadores de poesía y planeadores de poesía.

Muchos planes tengo ahora. Ya le expondré algunos a mi llegada que será a fines de febrero, para la velada del Colegio, si es que todavía desean que yo lea mi discurso. (Y a propósito de este discurso, supe por la María Kautz —así se escribe— que del Colegio habían enviado por el original a casa de Elisa con el fin de publicarlo en los **Recuerdos** o no sé dónde: le advierto que ese original está lleno de errores que no corregí por negligencia y que me gustaría ver la copia que allí saquen. Le recomiendo esto. A Pablo Antonio le escribí un largo **Mensaje de Año Nuevo**, planteándole problemas que me planteo a mí mismo. No sé si todo lo que ahí digo lo creo o no lo creo. La verdad es que en esta crisis que estoy pasando (espero pasando) no sé qué es lo que creo ni qué es lo que no creo. Lo único que creo es en Cristo —pues a medida que creo menos en mí mismo y en los demás, más creo en Cristo. A éste me agarro como a un leño en el mar, con la diferencia de que ese leño es el leño de Dios, la Cruz de Cristo. ¿Qué haríamos sin la Cruz de Cristo? Porque yo no amo al leño por sí mismo, y si ese leño no fuera la Cruz de Cristo, en quien creo y a quien tengo como único Dios, no me asiría a él, sino que me dejaría hundir en el abismo del mar, me ahogaría en mí mismo, en la nada, en el todo, porque todo es lo mismo. Créame que en esto soy absolutamente sincero. Y por lo mismo que sobre esto podría hablarle muy largamente, aquí suspendo —pues tampoco era esto lo que quería decirle.

Otra de las cosas que he estado haciendo para no estar de vago —pues le tengo horror al vacío— es una revista manuscrita. Se llama **Refugio**. Cuando la termine se la enviaré. Nada mío original llevará, pues por lo visto he perdido toda originalidad —traducciones y cosas ajenas que nos digan algo significativo en estos momentos. Tampoco sé si tendré paciencia para acabar el primer número.

Nada más le diré sobre mí mismo, porque no hay nada más, fuera de mis sueños y mis pensamientos tan terriblemente fugaces, tan refractarios al papel, tan enemigos de dejarse aprisionar en un asunto, en una composición. Pero estoy contento, tengo serenidad, tengo esperanza, presiento días mejores. Comprendo, naturalmente, que este estado de ánimo se debe precisamente a que no me obligo a trabajar en nada mío, en ninguna novela ni noveleta, ni poema. Las veo, esas cosas, pasar lo más alto de mi mente como nubes, saltar como rayos, desvanecerse, y así me siento bien. Si me encarara con una de ellas, sería la angustia y la sensación de esterilidad. Así, pues, estoy resuelto a trabajar, pero no en esto. Una humilde artesanía literaria me bastará.

Ahora me referiré a Ud. Su poesía, como todas las de sus últimos tiempos, me ha impresionado vivamente. No sólo creo que la hizo luz, sino tiniebla luminosa, sangre. Es terrible su elegía con su aire leve, ligero y aéreo que tiene. Siendo tan suya en la forma, tiene un eco profundo de Hopkins que me amedrenta. Desde hace tiempo Hopkins me aterroriza. Por eso me amedrenta encontrar en Ud. ese sentimiento hopkiano de la vida. Y lo peor es que está muy lejos de ser o aparecer como una influencia literaria de Hopkins en Ud., pues si tal vez éste

le ha ayudado a ver más claro en Ud. mismo, se siente que hay realmente en Ud. ahora algo de esa cosa terrible que no deseo analizar para no alargarnos:

—Corazón mío
¿Vives o mueres?
.....
Qué terrible este vivir
Suyo, si muerto estoy yo

Y aunque diga después “*si aún vive mi corazón*”, eso no es afirmativo. Es dubitativo.

*Y por lo que aún vivo está
En mí, muerto para siempre.*

Todo esto es terriblemente suyo de Ud., dentro de su propio estilo, sin nada de Hopkins, pero aquí en toda su poesía, su luz que se abre y aclara y llena de esperanza, su tristeza que ha sido una tristeza que alegra o que consuela, aparece ahora aquí y en algunas otras poesías suyas como una luz iluminando un nudo negro, un objeto oscuro que más negro se ve cuanto más se ilumina. Eso constaté. La elegía es muy bella, muy impresionante, trágica sin énfasis, sin declamación, sin sentimentalismo. Pero ese sentimiento es cruel. Yo deseo que sea un estado de ánimo muy pasajero, porque si eso dura, mata. Suene sus campanillas de oro. Báñase de nuevo en el río y en la aurora. Recuerde que Ud. es ángel de anunciación, no Ángel de Muerte y de Exterminio. Hay en todo Ud. una dulzura que es el principal de sus encantos. Esa dulzura ha superado siempre en su poesía la de la amarga levadura de que casi su poesía profunda es amasada . . . (*Bitter would have me tasted*). Yo le pido a Dios dulzura y alegría para Ud. Piense en que tiene amigos que lo queremos de verdad y pruebe así su fe en la amistad. Por un amigo que muere (feliz pues vuelve a Dios) nacen nuevos amigos. Qué diera yo, créame Ud. por poder consolar un poco su corazón que sufre, pues en su dolor veo una profundidad que yo nunca he conocido. Tal vez por eso no llego ni llegaré jamás a ser poeta, porque nunca he sufrido de verdad. Dios me ha mimado. María Santísima me ha mimado, me ha defendido aun de la ira de Dios que tanto he merecido. Y yo les agradezco porque no tengo tanto valor para sufrir. Prefiero no sufrir a ser poeta. (Ya ve hasta donde soy cobarde). En un libro de Hello (8), están estas palabras tomadas de su diario íntimo: “¡Oh Dios mío . . . tú sabes que soy muy débil para servirte en el sufrimiento. No es ésta mi vocación . . . Dame, pues, alegría —alegría—, Señor soy demasiado débil para sufrir y morir!”. Qué bien que lo comprendo. Yo también amo con toda mi alma y mi cuerpo la alegría. Qué diferencia entre esa alegría y esas Estrellas que trae **Azul y Blanca** (9). Si yo me dejara de llevar por ciertos prejuicios, diría que la elegía es poesía muy superior y después de haberlo dicho, me quedaría pensando en si realmente tengo razón o no. Ahora acabo de leerlas una tras otra, primero la **Elegía**, luego las **Estrellas**, y se siente un afecto tan sedante, tan dulce como la segunda, que parece que así debería uno leerlas siempre, como ciertos platos que

se combinan con ciertos vinos. Sería curioso encontrar **Menús poéticos**, parejas de poesías o combinaciones de varias para leerlas juntas y en orden, en ciertas semanas, en ciertos meses. La poesía y el tiempo, otro tema de combinaciones. ¿No es la poesía el alimento natural del alma? ¿No van los alimentos siguiendo el curso de las estaciones? Recuerde al Arcipreste y su descripción tan sabrosa de los meses por lo que en cada uno se come:

Enero

*A dos partes otea a aqueste cabezudo,
Gallinas con capirotada comía a menudo,
Facía cerrar sus cubas, fenchirlas con embudo,
Echar de yuso yelas que guardan vino agudo.*

Algún día haremos una Antología del Tiempo, algo para ir leyendo según los días y los meses. Otro proyecto. Y héme aquí perdido en plena divagación. Mire hasta dónde me guiaron sus estrellas. Dulcísima poesía invernal para leer con la primera nevada. No hay más remedio. Haremos el Almanaque en el Taller San Lucas. ¿Qué es o qué será el Taller San Lucas? Eso se lo diré en otra ocasión o cuando llegue.

También el lindo medallón de Pablo Antonio (10) (que no es medallón sino apunte) pinta al Angel de luz, de claridades, de plumas voladas, (como *nevada de besos*), que Ud. mismo contrapone al Angel de sombra, al Angel oscuro (en las **Campanillas de Oro**, si no recuerdo mal), al que, como Pablo dice, tan bien lleva el Angel hasta la raíz del suspiro, a la sangre. Me alegro que Pablo haya escrito esa cosa leve y fina para Ud. Dichoso él, dichoso Ud., dichosos los que pueden escribir. Les tengo envidia, pero una envidia buena, una envidia que se alegra de que escriban y sólo sufre por no poder hacer lo mismo, pero que se consuela de esa tristeza con esa alegría, como la mujer estéril que goza con los hijos de su amiga, como si fueran propios y en ellos consuela su pena de no tener hijos. Y veo también con gran placer que el querido poeta Cardenal comienza ya a soltar sus alas y hacer sus vuelos graciosos y poéticos. Me ha gustado mucho su **Granada Marinera**, porque tiene soltura y música popular y les habla a los sentidos (en particular: *que despliegues tu vela remendada y amarilla*, con su salto y claridad, tiene una luz sorollesca, tiene sol y son de oleaje). Es una bonita composición. Ya he llegado a ocho páginas. Debo concluir. Le ruego que me escriba más extensamente.

Su amigo

l
e
n
o
r
o
C

P. D. La María va en el vapor a Granada por ocho días, lleva el pavón del Padre Ponsol. Al fin. Según los observadores, responde al nombre de "Muñeco".

Vale.

NOTAS

1.— Esta carta, como las ocho restantes, fueron conservadas por el Padre Angel, quien me facilitó una copia de ellas en 1966. Muy posteriormente, el Padre Emilio del Río las insertaba en el tomo II, a máquina, de la correspondencia del poeta jesuita. Salvo algunos de sus párrafos, citados por el mismo Padre del Río en un artículo de la revista **El Pensamiento Centroamericano** (vol. XXXI, Enero-Marzo, 1976, pp. 60-73) hasta ahora se publican íntegras.

2.— No como epílogo, pero casi al final —anterior a la antepenúltima— apareció esa poesía más de un cuarto de siglo más tarde en **Nicaragua canta en mí** (Managua, Editorial Nicaragüense, 1968, p. 277).

3.— Carlos Martínez Rivas (1924), posteriormente uno de los grandes poetas de Nicaragua, entonces

ces de diecisiete años; a él se refiere adelante como el "poeta Martínez".

4.— Bernardo Portas, profesor del Colegio Centroamérica en la década de los veinte y autor de una **Historia de Nicaragua** a nivel de secundaria que tuvo algún éxito.

5.— Se refiere a la antología de poetas norteamericanos que publicó en Madrid, Seminario de Problemas Americanos, 1948, de la cual una selección adelantó el **Cuaderno del Taller San Lucas**, Num. 3, 1944.

6.— Bernardo Ponsol, entonces Rector del Colegio Centroamérica e investigador de la flora y fauna nicaragüenses.

7.— Alude al P. Juan B. Cassini, muy amigo y querido de Coronel Urtecho. Este me escribió en carta del 8 de marzo de 1976: "Cassini era un hombre intenso, profundo y sabio y de muchos saberes. Conocía la historia y la

poesía universales. A mí, no sólo me inició en las cosas del espíritu y la inteligencia, sino que me ayudó a no extraviarme.

8.— Según el propio Coronel Urtecho, Hello es Ernesto Hello: "un escritor católico francés del siglo pasado, que figuraba entre los grandes católicos y conversos de ese siglo, a la par de Barbey d'Aurevilly y de Leon Bloy, etc. No recuerdo de dónde saqué algo de él sobre la humildad. Posiblemente de su famoso y aún muy leído librito **Fisonomías de santos**, que es un tesoro, y que yo guardo y leo cada vez que puedo". También escribió otro famoso libro **El Hombre**, que yo leí muchacho, pero del que casi nada recuerdo".

9.— Revista de la Acción Católica de Granada.

10.— Se reprodujo en **La Prensa Literaria** del 24 de enero de 1965.